

RESEÑAS

BRADING, David A. *Los Orígenes del Nacionalismo Mexicano*. Ed. Sep Setentas, México, 1973, 223 pp.

“Lo Mexicano”, es una vez más, tratado con detenimiento; en esta oportunidad, el investigador inglés David A. Brading explora las raíces del nacionalismo mexicano, basándose principalmente en el desarrollo colonial para incidir de manera amplia en los aspectos de un protonacionalismo, una vez iniciado el proceso Republicano.

La herencia colonial es captada a través de la problemática de los cambios sociales y económicos y el llamado criollismo mexicano es visto a partir de la imagen que presentan Torquemada y Gómez de Cervantes, sin dejar de lado el aspecto mítico que gira en torno a Quetzacoatl y la Virgen de Guadalupe. Brading presenta al nacionalismo como la fuerza intrínseca de una sociedad que ante circunstancias ajenas a su desenvolvimiento natural, reacciona y actúa consciente de su propia esencia. El pasado prehispánico tratado a partir de ideólogos como Carlos María de Bustamante y Fray Servando Teresa de Mier, son un ejemplo de la intención de encontrar en él la razón de su propia actuación política ante la presencia hispánica.

El presente estudio está dividido en tres grandes capítulos, el primero de ellos, quiere demostrar la emergencia del criollismo como expresión de una sociedad que no gozaba de prestigio, riqueza o poder, por el contrario, se hallaba en una total situación de sometimiento ante la presencia peninsular en América; ante esa situación concreta aparecen los críticos criollos que propondrán el control político y administrativo en manos de los nacionales.

La imagen del criollo desposeído del siglo XVII, se identificó con las intenciones de Bartolomé de las Casas y las características injusticias de la etapa conquistadora. La alusión hecha a la obra de Garcilaso revela la desestructuración del mundo andino ante la presencia hispana y no es visto como producto de la sociedad Inca, sino de la etapa posterior a la iniciación de la conquista.

La *Monarquía Indiana* y los *Comentarios Reales* cristianizaron los pasados mexicano y andino, que en el primero continúa en un presente entendido a partir de la imagen de la Guadalupana. De igual manera que en los Andes, donde Calancha y Ramos Gavilán, identificaron a Santo Tomás como apóstol de las Indias, y lo confundieron con *Tunupa* en el altiplano Perú-Boliviano, en México se relacionó con Quetzalcóatl; ambos son divinidades presentadas como blancas

y barbadas, que siguen un camino ritual relacionador de las alturas con el mar. Y para el caso del criollismo mexicano, el celo patriótico que continúa al indígena encuentra en el culto a la Virgen de Guadalupe la posibilidad de una vuelta al pasado, desde que ella, como en el caso de Nuestra Señora de Copacabana, en los Andes del sur, es prueba de un sincretismo religioso que mantiene latente un culto tradicional.

La política colonial, encuentra la clave de su poder en América, a partir de mediados del siglo XVIII, y Brading, resalta la actuación del Cabildo de 1771 en favor de los naturales y sobre todo de los criollos, mereciendo, por su participación durante la expulsión de los Jesuitas, una posición decisiva en el desarrollo nacionalista, en el derecho a gobernar su propio país como manifestación declarada de una clase que expresa su patriotismo en el continuo de la historia mexicana.

Para el caso peruano, Túpac Amaru II encabezó un movimiento con caracteres nacionalistas. Para México y para el Perú, el pasado tradicional representó un desafío ante el status y la condición social del criollo.

En el capítulo correspondiente a Fray Servando Teresa de Mier, historiador e ideólogo de la insurgencia mexicana, Brading ofrece la imagen de la culminación del patriotismo criollo, con la conjunción del mito de Quetzacoatl y Santo Tomás, a fin de defender el culto a Nuestra Señora de Guadalupe.

La utilización de motivos concretos por Mier, con el fin de defender al indígena de la imposición castellana, provocó un rechazo general para que en 1822, siguiera defendiendo la presencia de un Apóstol Cristiano en América, lo que puede ser entendido a partir de la necesidad de encontrar una explicación real y concreta en el pasado.

Al respecto, Brading analiza el por qué de una posible identificación del “dios indio con Santo Tomás” (p. 75) y como “lo mexicano”, va adquiriendo un fundamento y una justificación política en las exigencias por el respeto de sus derechos.

La problemática que se suscita a partir de las relaciones entre la Iglesia y el Nuevo Estado Mexicano, son explicables desde una perspectiva como el Jansenismo y la adopción de ésta por Mier, que llevaba al rechazo conciente de la autoridad impuesta por la corona española en el nuevo mundo, desde la invocación del pasado mítico, y la actitud de los criollos como herederos espirituales de aquellos que defendieron al indígena ante el proceso de la conquista.

Con la figura de Hidalgo, el movimiento adquiere las particularidades que lo hicieron distinguirse definitivamente de las revoluciones sudamericanas contemporáneas. En México, como en el Perú, las rebeliones de las masas contra

la dinastía imperante en la corona fueron formas típicas de rechazo de la sociedad tradicional y en las que se hicieron presentes la utilización del pasado para iniciar la polémica antiespañola.

Habría que llamar la atención, que uno de los aspectos más utilizables es el referido al mestizaje y entendido en forma amplia, no sólo a partir del cruce sanguíneo, sino también de la participación de un derecho sobre un territorio, que proporcionaba ciertos caracteres hereditarios en lo que a pensamiento, actitudes prácticas y tradición política se refiere, bases fundamentales para iniciar la vuelta a lo anterior. El rechazo a la monarquía y el establecimiento de una República, fueron para el llamado nacionalismo mexicano, pasos trascendentales en su definición más profunda.

Por último, Brading, en el capítulo correspondiente al Nacionalismo criollo y Liberalismo Mexicano, revisa, analiza la ideología y las consideraciones sociales con el propósito, como él mismo afirma, de entender la presencia y actuación de intelectuales criollos que tienen como parte de su formación rezagos del XVI, utilizados en la justificación de la independencia mexicana.

Las particularidades de la época comprendida entre la segunda década del siglo XIX hasta pasado los años cincuenta del mismo, conlleva la participación de un grupo de conservadores liberales, liberales moderados y satanistas que determinaron el estancamiento político de aquellos treinta años mexicanos. Los problemas nacionales dieron cabida a una serie de gobernantes que hicieran de la política y el gobierno un núcleo de poder.

La libertad, la soberanía, la educación, el progreso y el futuro fueron las características del liberalismo que se impuso como partido y como doctrina, con el afán social de ir en contra del egoísmo y la corrupción, y así como la iglesia en cada una de sus actividades y formas de participación, el indio se convertía en un obstáculo, era heredero de una legislación colonial destinada a protegerlo y con privilegios frente a los demás ciudadanos.

Las ideas francesas y la presencia de Estados Unidos como modelo, lograron que los liberales despreciaran el pasado mexicano indígena y consideraran la historia de México sólo a partir de la conquista. Bustamante e Hidalgo, fueron depreciados así como todo planteamiento político que defendiera el pasado indígena. México como gran parte de América reconoció el nacimiento de un nuevo sentimiento patriótico y un nacionalismo propio a partir de la segunda década del S. XIX. Hay que reconocer, como Brading, Molina Enríquez, Valadés y otros sostienen, que el liberalismo mexicano debe ser entendido en las acciones de su composición popular más que en las teorías de sus ideólogos. Pero la reacción se hace presente con el conservadurismo y con Lucas Alamán como su máximo representante y la recurrencia al pasado para definir la esencia

nacional va a convertirse nuevamente en el objetivo de toda política, pero esta vez Mier y Bustamante eran contradichos, la evocación a la colonia era su propósito. De lo que se demuestra que más que una tendencia conservadora se hacía presente un reaccionarismo consciente y una política clerical hispanista y aún monárquica.

Brading presenta a Carlos María de Bustamante como el principal historiador de la insurgencia, que apoyó el pasado indígena, el culto a la Virgen de Guadalupe y a los héroes mexicanos, y la imagen de un tradicionalista que enriquece la historiografía de México. Nuevamente Quetzacoatl, la Virgen de Guadalupe y el apóstol Santo Tomás eran tratados, buscando un fundamento cristiano sin ingerencia española para los antiguos mexicanos, así como para la época colonial.

El siglo XIX en México, de acuerdo a los planteamientos del autor, conforma políticamente un predominio liberal y para explicar su éxito se vale del fracaso del nacionalismo y la ausencia de un socialismo agrario. El liberalismo clásico logró máximo apoyo en México y Brading analiza este problema considerando al Movimiento Yorkino de 1820 como fase clave, forjando la alianza entre los ideólogos radicales y los insurgentes sobrevivientes, creando una coalición progresista, con la intención de destruir toda aquella intervención hispanista, además de la iglesia y el ejército.

El México mestizo al que Brading se refiere, busca definirse a sí mismo, rechazando el pasado indígena y colonial como resultado del status social que los definía.

Amalia Castelli

CASTELLI GONZALEZ, Amalia, *Un caso de aculturación religiosa en el altiplano andino (Copacabana del Collao)*, Tesis, Dr. Pontificia Universidad Católica del Perú, Programa Académico de Letras y CC.HH., 1976.

El tema central de la tesis está dedicado al análisis de las modificaciones ocurridas en las divinidades creadoras del área del altiplano del Titicaca (específicamente en Copacabana), a raíz de la invasión española. Inicia el trabajo con la presentación del culto andino en Copacabana, empleando informaciones de los cronistas tradicionalmente conocidos, además de otros materiales que proporcionan información sobre el área. Revisa la situación de la población de la región, así como la presencia de *mitmaquna* del Tawantinsuyu, y el funcionamiento de la estructura social y el régimen de mitades, confirmando de paso la situación de enclave que tuvo Copacabana en los momentos de la